40 años

M. R. (Aparece los sábados) N.º 2032

Santiago de Chile, 22 - XI - 1947

PRECIO UNICO EN EL PAIS: $ 2.40

XL ANIVERSARIO DE "EL PENECA"

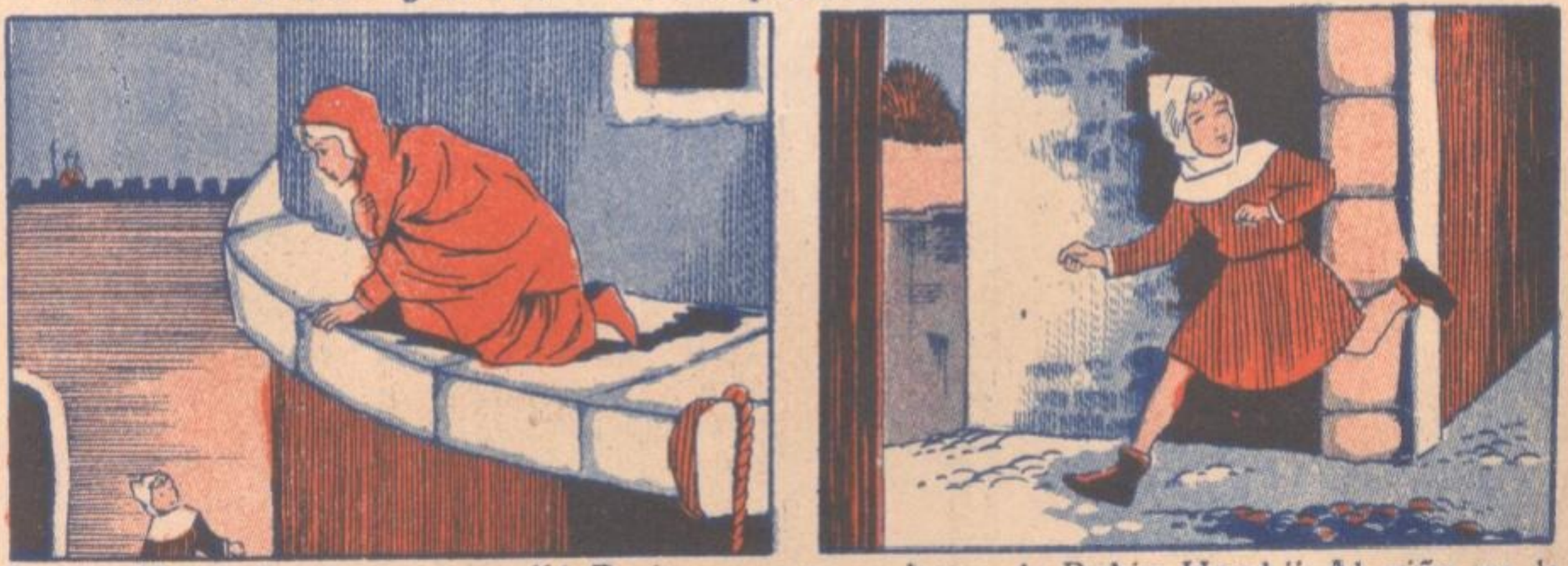
El Peneca

ROBIN HOOD

CAPITULO V

1. Alán y Rosa, hijos del conde de Selmer, habían resuelto huir del castillo donde les tenía prisioneros el cruel barón Godofredo. Alán ató un cordel a la baranda de la fortaleza y comenzó a bajar, pero por desgracia el cordel se cortó y el niño cayó medio aturdido al patio. En ese momento se acercaba un soldado armado de una lanza.

2. "—He vuelto al castillo de Selmer —declaró el soldado al pequeño Alán— porque sospecho que el barón Godofredo tiene prisionero aquí a nuestro amo el conde de Selmer. Lo buscaré hasta debajo de la tierra." Entretanto Rosita esperaba ansiosa el llamado de su hermano Alán. "—Se cortó el cordel —gritó Alán—. Ya no puedes huir."

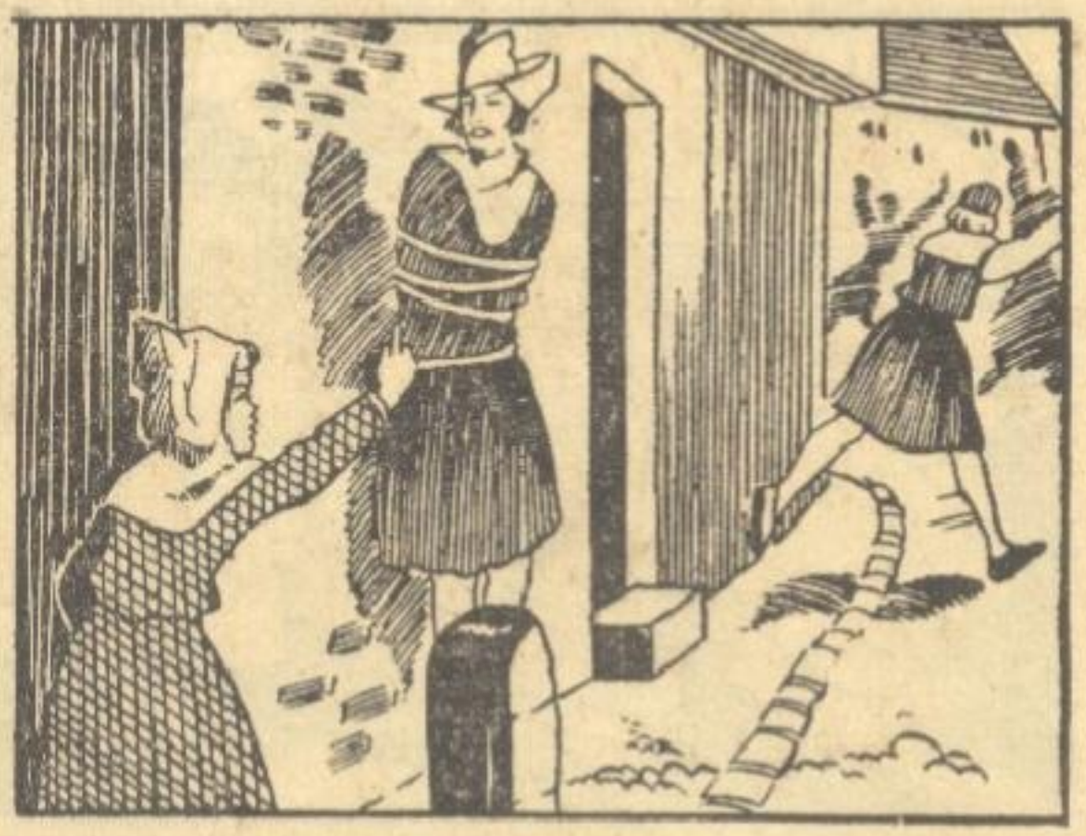


3. "—Huye tú solo —respondió Rosita— y ve en busca de Robin Hood." Al niño no le gustaba dejar sola a su hermana en poder del barón Godofredo, pero si no corría en auxilio de Robin Hood, que estaba condenado a muerte, su gran amigo podía morir de un momento a otro. Alán salió del castillo sin que nadie sorprendiera su fuga.

ROBIN HOOD

4. Alán corría por los bosques en dirección a la ciudad donde debía ser ajusticiado el proscrito Robin Hood, defensor de mujeres, ancianos y niños. Al llegar a la plaza del pueblo vió una multitud de gente que se agrupaba en torno a la carreta que conducía a Robin Hood.

5. "¿Cómo podré salvar a mi gran amigo?", pensaba Alán. De pronto divisó un corral con animales ovejunos y vacunos y vino a su mente la idea de soltar un toro bravo a fin de que la muchedumbre se asustara y huyera del lugar del suplicio. Alán abrió la puerta del corral.

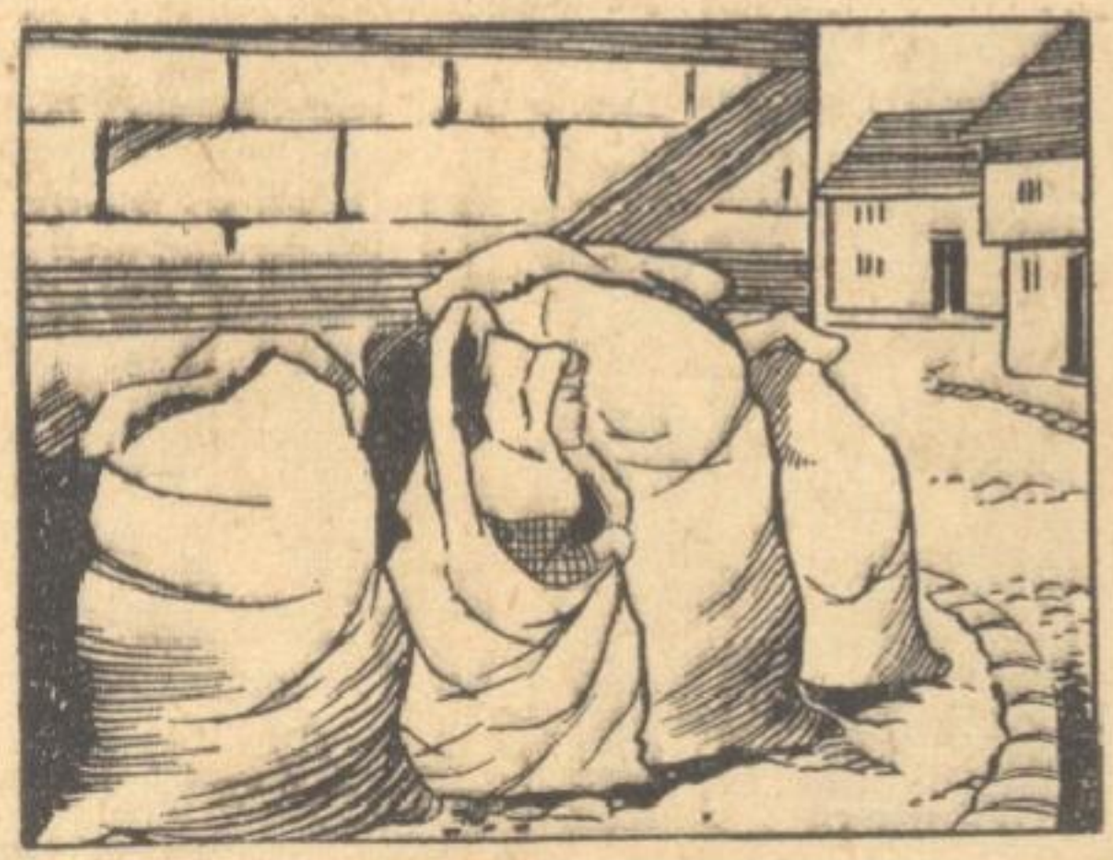


6. El toro bravo al verse en libertad comenzó a correr por la plaza. Los paisanos se desbandaron y sólo quedó Robin Hood afirmado a un muro. "—Por aquí, Robin Hood', dijo Alán, desatando al prisionero.

ROBIN HOOD

7. "—Tenemos que ocultarnos —dijo Robin Hood—, porque muy pronto el alcalde ordenará que me busquen." "—Aquí hay unos sacos vacíos —expresó Alán—, ocultémonos en ellos."

8. "—Ahí vienen los soldados", dijo Alán. Ambos prófugos metieron su cabeza dentro de los sacos y dejaron pasar a los soldados que iban diciendo: "—El proscrito se fugó."



9. "—Instantes después, dos individuos se acercaban al montón de sacos. "—Son los dueños de esta mercadería —murmuró Alán—; seguramente van a llevarla a otra parte."

(Sigue en la penúltima página)

PRECIO UNICO EN EL PAIS:
Ejemplar: $ 2.40
Ejemplares atrasados: $ 4.80
SUSCRIPCIONES
Anual . . $ 110.—
Semestral $ 60.—

El Peneca

APARECE LOS SABADOS M.R.

AÑO XL
N.º 2032
Directora:
Elvira Santa Cruz
(Roxane)
Dirección:
Casilla 84-D
Santiago de Chile

POESIAS JUVENILES

UN AÑO MAS DE VIDA

(A "El Peneca" en su XL Aniversario)

Feliz aniversario y años de próspera vida,
cumple hoy mi querido "Peneca",
y es a Roxane a quien debemos
tanta dulzura y cariño para los niños.

Eres como una luminosa estrella de Chile,
que ilumina muchos continentes
en aras del bien y la felicidad,
cual una risa floreciente de rica primavera.

Con qué ansias hojeo y me interno en tus
[páginas
buscando la flor de la alegría;
es un placer contemplar el jardín
de los grandes y de los chicos, mi querido
["Peneca".

Margarita del Desierto.

MANOS

Manos suaves que al palpar
cerráis del dolor la herida,
manos que me dais más vida
y que endulzáis mi soñar.
Con qué pena he de llorar
cuando de vivir vencidas,
os marchéis, manos queridas,
bajo un claro titilar.
Manos blancas cristalinas,
manos de mi corazón,
manos para mí divinas.
Manos que bien yo quisiera
que, juntas con mi ilusión,
forjarais a mi quimera.

O. Lagos Ojeda

PRIMAVERA

La primavera con sus días de gala
viene vistiendo rosas de oropel,
los pájaros llegan batiendo las alas
y cantando al amanecer.

Viene vestida de verde,
sus joyas son dos botones
trae un séquito de flores
y un gran clamor de tambores.

Es la estación más hermosa
y la más linda en colores,
todo el mundo la celebra
y hasta olvida sus dolores.

Chita Bravo Bravo

SONIA la REBELDE

RESUMEN: Sonia Marín habita en una plantación del Africa Central francesa. Su padre declara que la enviará a educarse a un colegio de París. Sonia viaja a bordo del "Targi" con su mono Zizí y sus cotorras Mimí y Mimita. Por fin llega a París y es conducida a la pensión de señoritas en la Villa San Luis. Las cotorras se pierden en una mañana nevada, y Zizí, llevado al Jardín Zoológico, muere destrozado por sus congéneres. La directora, madame Jacob, expulsa injustamente a Antonieta, única amiga de Sonia. La noche de Navidad, Sonia descubre a una chiquitina de tres años, llamada Paquita, y la adopta como hija. En una fiesta del colegio, Sonia se encuentra con Andrés Marechal, que resulta ser el muchacho que tuvo con ella un pleito a bordo del "Targi".

CAPITULO XI.—Evolución de la rebelde Sonia

Llena de inquietud y zozobra, Sonia había aceptado la invitación a almorzar de la señora Baldi, abuela de Paquita y de Andrés.

El automóvil que la conducía a casa de la señora Baldi se detuvo ante una hermosa mansión rodeada de jardines.

Mariana, la mujer bretona que había entregado a Paquita en manos de Sonia en la noche de Navidad, acogió a las invitadas y las guió hasta el gran hall de la casa.

—La señora Baldi las aguarda en su sala —dijo la bretona, abriendo una puerta.

Sonia se detuvo algo asustada en el umbral. Nunca había visto de cerca a una anciana tan pálida, tan blanca y arrugada. Cabellos blancos, como la nieve que caía en las calles, encuadraban un semblante risueño y una mirada límpida.

La sonrisa de la abuela era como una rosa que floreciera entre las ruinas. Instintivamente Sonia sintió respeto por la noble anciana.

—Acérquese —suplicó la señora Baldi, tendiendo sus manos a Sonia—, y déjeme que la bendiga por los cuidados que prodiga a mi nietecita. Nada de ceremonias... Quiero que se sienta usted como en su casa, mi querida Sonia.

Poco después la señora Baldi explicó la enfermedad de la señora Marechal, y la necesidad de colocar a Paquita en el colegio de San Luis porque ella, como anciana e inválida, no podía hacerse cargo de la niña.

La bretona Mariana entró a la estancia para decir que ya estaba servido el almuerzo.

—Madrina —suplicó Paquita—, ¿por qué no almorzamos aquí todas? Mi *Nina* es como si fuera de la familia.

—La señora estará también más cómoda aquí que en el gran comedor —insinuó Mariana.

—Yo me sentiré en mi hogar —suspiró Sonia—. Papá y yo comíamos siempre en el sitio donde él trabajaba. Pero allá no había chimeneas, ni nieve...

—Pobrecita —murmuró la anciana—, comprendo tu soledad. Yo sufrí también mucho cuando mi hija Elena partió al Africa y me dejó sola. Cuéntame cómo es la vida allá.

Sonia estaba alegre y comunicativa. Por cierto que se explayó en su hazaña contra el gorila Djena, refiriendo, además, curiosas historietas de los negros.

—Después le bailaré una danza indígena, abue...

—Abuelita —terminó la señora Baldi—. Así debes llamarme, Sonia. Qué lindos ojos tienes y qué hermoso pelo. Eres muy bonita.

Sonia no sabía dónde esconderse para evitar tales lisonjas, las que en el fondo le causaban placer. Hacía tanto tiempo que nadie la acariñaba, ni la llamaba *reinita*.

Un repiquetear de campanillas y estridentes silbidos turbaron la paz familiar.

—Es Dedé, mi Dedé —gritó alborozada Paquita.

—Llega don Andresito —dijo Mariana—; por suerte le guardé un trozo de pollo.

—Ya almorcé, Mariana —dijo una voz varonil—, guarda tu pollito...
El esbelto muchacho se detuvo en el umbral de la sala al ver a Sonia junto a su abuela. La niña rebelde palideció intensamente ante su detestado salvador.
Andrés vestía la indumentaria de un boy-scout y parecía más joven que en tenida de etiqueta. La expresión de su semblante también había cambiado.
Sonrió, sin ironía y de una manera franca y gentil.
La señora Baldi besó con ternura a su nieto. En seguida Andrés Marechal miró a Sonia, quien permaneció inmóvil en su asiento como le correspondía, pues era Andrés el que debía acercarse a ella.
Tras breve vacilación y muy cordialmente, el muchacho le tendió la mano, diciéndole:
—Buenos días, señorita. ¿Cómo está usted?
—Muy bien, señor —dijo Sonia con la garganta apretada.
Andrés no soltaba su mano y la niña le miraba con extrañeza.
—¿Ustedes ya se conocían? —interrogó la señora Baldi.
—Sí, abuelita —respondió Andrés—, en la fiesta de Año Nuevo que ofreció madame Jacob.
—Y otra vez antes en el "Targi" —murmuró Sonia en voz apenas perceptible.
—No hablemos de ello... —suplicó Andrés—. El pasado está muerto y enterrado.
Sólo entonces respiró Sonia y pudo seguir almorzando. La conversación se hizo espontánea y alegre.
Andrés dió noticias de su madre enferma; Sonia declaró que había recibido cartas de su padre el comandante Marín.
—Somos tres huérfanos, por el momento —suspiró Andrés—, y un tanto desarraigados de esta tierra. Yo siento una amarga nostalgia del Africa.
—Y yo —expresó Sonia—, sueño con mis...
—Vamos, vamos —interrumpió la señora Baldi—, estos colonos africanos comienzan a sentir el diabólico llamado del trópico. Andrés, coloca un disco alegre en el radio... Algo que no sea muy ruidoso.
El muchacho buscó una canción francesa muy romántica, que adormeció a la buena anciana.
Silenciosamente Sonia y Andrés apartaron la mesa de comedor, mientras Paquita se instalaba sobre la alfombra a construir castillos en el aire.
Sonia se dirigió a la ventana, levantó el cortinaje y pareció interesarse en los copos de nieve que caían en el jardín.
Andrés, sentado junto a la chimenea, estaba mudo.
—¿Por qué no se hablan ustedes? —preguntó Paquita.
La anciana dormía y el disco había terminado. Sonia no podía huir de la sala, aunque lo deseaba ardientemente.
Andrés se puso de pie y fué a colocarse junto a la ventana detrás de su enemiga.
—Señorita —dijo a media voz—, tengo que decirle dos palabras. Venga conmigo a la galería.
Sonia le siguió en silencio y con la vista fija en el tapiz.
El muchacho alisó sus rebeldes cabellos, respiró y, sin su sonrisa burlona, balbuceó sinceramente emocionado:
—Me doy cuenta de que en el baile de la "Pensión San Luis" me conduje como un imbécil... Sí, sí. No proteste. Estuve estú-

La abuela de Andrés y Paquita Marechal tendió sus brazos a Sonia Marín.

pido y quiero pedirle... En fin... Creo que estamos a la par... Ninguno de los dos tenemos que reprocharnos. ¿Está usted de acuerdo?

—Completamente —declaró Sonia igualmente conmovida—. Yo fuí muy mal educada e ingrata en el "Targi".

—Pero nunca tanto como el hermano de Paquita —insinuó Andrés—. Fuí rencoroso y la hice llorar. Créame que pasé ocho días torturado y hoy vine precisamente a casa de la abuela para hablarle. Dígame si me perdona o qué debo hacer para que olvide mi conducta.

Sonia sentía que en su corazón se desvanecía el odio contra el petimetre que tanto la hizo llorar y experimentaba íntima satisfacción al ver que el orgulloso muchacho reconocía sus faltas y se excusaba.

Su emoción no le permitía hablar. Felizmente Paquita acudía a ellos para que le ayudaran a construir otro castillo en el aire con los cubos de madera.

—Paquita, no hables tan fuerte, vas a despertar a la abuela —dijo Andrés.

—Ven acá —agregó Sonia—, tus cabellos están despeinados.

Mientras Andrés jugaba con los cubos, Sonia peinaba a su regalona.

¿Quién cortaría el hielo entre esos juveniles corazones que anhelaban ser amigos sin osar comunicárselo?

La señora Baldi despertaba de su ligero sueño y pedía que tocaran música bailable.

—Sonia me prometió una danza africana —insinuó la anciana.

—Una rumba —exclamó Andrés—. ¿Si la bailáramos juntos, SONIA?

—Bailemos —respondió Sonia radiante de júbilo.

La nube iba dando paso al cielo azul.

Paquita aplaudía con entusiasmo la danza de los jóvenes que reían haciendo figuras grotescas imitadas de los negros de Dakar.

—Muy bien —declaró la señora Baldi—. Creo que podrían exhibirse en público con esas danzas coloniales. Forman ustedes una pareja ideal.

—Andrés baila mucho mejor que yo —insinuó Sonia—, no tanto por afirmar lo que decía, sino para darle por primera vez su nombre al muchacho que tanto había odiado.

Diario íntimo de Sonia Marín. 26 de marzo.

"Tres meses sin escribir una línea en mi querido cuaderno. Escribía generalmente mi diario cuando sentía nostalgias o penas del corazón. Este trimestre, sin buscar la comunicación íntima del cuaderno, quiere decir que durante tres meses no he sentido nostalgias de mi país, ni angustias, ni molestias.

"Ahora toda la gente de la Villa San Luis, incluso madame Jacob, me parecen amables y buenas. Antonieta podría decirme que soy yo quien he cambiado de proceder y que en la vida todo se ve según el cristal con que se mira.

"Yo creo que un amor de hermanita, un verdadero hermano mayor y una excelente abuelita me han hecho olvidar mi destierro.

"Antonieta, a quien presenté a la señora de Baldi, concurre a nuestras reuniones dominicales. Nos divertimos mucho.

"Andrés comienza por adormecer a su abuela con música romántica y en seguida nosotros tres nos engolfamos en una charla que nunca termina.

"¿Quién hubiera sospechado que el burlón petimetre del "Targi" era un muchacho sencillo y alegre?

"Creo que Andrés se aviene más con Antonieta que conmigo porque tiene conceptos muy semejantes sobre la vida. Algunas veces

—Perdóneme usted —balbució Andrés—; fuí muy estúpido y la hice llorar.

SONIA LA REBELDE

Mientras Sonia peinaba a Paquita, Andrés construía castillos en el aire.

siento celos, pero al verles tan gentiles y buenos, rechazo ese egoísta sentimiento.

"Hay que oírles discurriendo sobre el dominio de sí mismo, la abnegación y el desprendimiento.

"—Otro que recibe todo disgusto como una *prueba* —dígole sonriendo.

"—Mi querida rebelde —responde Antonieta—, tú posees una naturaleza privilegiada sin saberlo. Tu dedicación y amor por Paquita está demostrando la elevación de tu espíritu.

"—Al dedicarme a Paquita sigo mi instinto —argumento yo—. Si me hubieran impuesto por obligación el cuidado de Paquita, no lo habría hecho.

"Andrés me observa con sus grandes pupilas verdes tan luminosas y puras: sonríe, pero no burlescamente y continúa su conversación filosófica con Antonieta.

"El último domingo, al advertir que se olvidaban completamente de mí, experimenté una de esas iras incontenibles que en Mezambi me inducían a coger un látigo. Paquita se me acercó con un papel para que le hiciera un cucurucho y yo lo destrocé furiosa.

"—¿Qué le pasa a mi *Nina?* —preguntó asustada la niña.

"—Estoy nerviosa —respondí yo—. Me molestas al fin con tus juegos estúpidos.

"Mi voz debía anunciar tormenta, pues Andrés y Antonieta volvieron la cabeza y acaso comprendieron que yo sufría porque no hablaban conmigo.

"Antonieta se puso de pie, me besó y dijo dulcemente:

"—Sonia, se hace tarde... Debo retirarme.

"Sin embargo, al llegar había declarado que tenía toda la tarde libre.

"Antonieta, la buena Antonieta, comprendía que yo deseaba estar sola con Andrés, a fin de que su atención estuviera fija únicamente en mí.

"Me pregunto por qué escribo esto... Tal vez porque estoy evolucionando insensiblemente y comienzo a avergonzarme de mis impulsos, casi irracionales...

"Andrés también advierte que he cambiado. Tal vez ni aunque él me hablase otra vez con ironía, perdería yo mi serenidad. A veces pienso en Mezambi, en mi nodriza negra y en los negritos de la plantación. No me reconocerían. Para ellos, la "reinita" era una pólvora, siempre dispuesta a gritar y a blandir el látigo.

"—Mi *Nina* ya no está nerviosa —dice Paquita triunfalmente, mirándome con sus claros ojos que brillan de alegría.

"—No —respondo con suavidad—. Aquí tienes tu cucurucho de papel.

"Y le entregó el juguete, mientras Andrés sonríe.

"Quisiera ver a papá. Hace tiempo que no me escribe y yo estoy ansiosa de tener noticias suyas y de decirle que ya no soy una niña rebelde e indomable, sino una señorita muy cumplida.

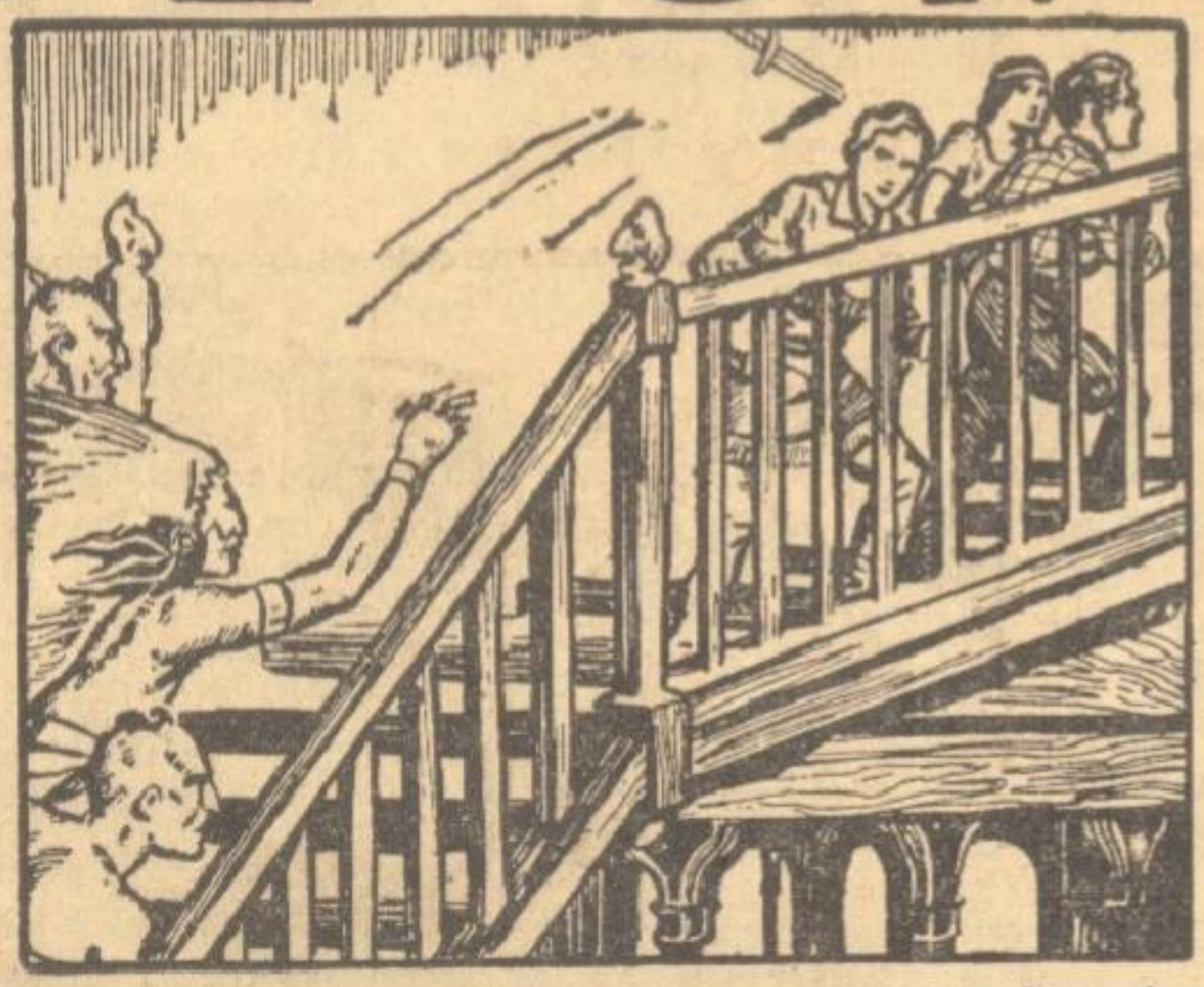
(CONTINUARA)

La FLECHA

CAPITULO LXXXVIII

Tex, *Luna de Plata* y el ranchero Charlie habían penetrado a un antiguo templo subterráneo y allí descubrieron un trozo de metal con signos secretos que *Luna de Plata* descifró como clave para encontrar el tesoro de *Aguila Roja*. De improviso oyeron los gritos de *Cuervo Negro*, quien se introducía por la cavidad de uno de los ídolos de la colina y emprendía la persecución de los tres aventureros. "—Allá van —gritó *Cuervo Negro* a los pieles rojas—. Es preciso capturarles en el acto y obligarles a entregar la clave que buscamos." Pero ya los tres fugitivos subían la escalera de piedra del viejo templo y ganaban distancia sobre sus inveterados enemigos. Como no se

DE ORO



detuvieran ante las amenazas del indio, éste lanzó sobre ellos la daga que había encontrado en otro templo indígena. Por suerte la filuda arma se incrustó en el muro sin herir a los fugitivos. "Esta daga puede servirnos", pensó el intrépido Charlie, arrancando el acero clavado en la piedra. Entretanto *Luna de Plata* y Tex continuaban subiendo la escalera. Al llegar arriba divisaron una maciza puerta, la cual, afortunadamente, no estaba cerrada. Traspasarla y colocar los barrotes fué obra de un instante. "—Podemos respirar un instante", dijo el heroico Charlie. "—¿Y cómo podremos seguir huyendo?, preguntó Tex. Este parapeto no tiene salida y abajo hay un caudaloso río." "—No se desesperen —declaró Charlie—. *Cuervo Negro* no nos vencerá. Se los aseguro."

(CONTINUARA)

EL PENECA CUMPLE CUARENTA AÑOS

Con un pedestal firme, como toda obra destinada a perpetuarse, surgió esta revista infantil, ídolo ya de varias generaciones.

Enrique Blanchard Chessi, hombre de ciencia y de estudio, dióle la primera orientación, siguiéndola y mejorándola el insigne escritor francés don Emilio Vaïsse (Omer Emeth), hasta sus doce años.

Ambos directores dábanle a "El Peneca" parte de sus actividades, pero sus múltiples trabajos literarios les impedían dedicarse enteramente a él. La revista necesitaba, para progresar, una absoluta dedicación, una entrega total del espíritu que debía animarla,

En 1920, Elvira Santa Cruz, conocida en el mundo de las letras con el seudónimo de Roxane, tomó a su cargo la dirección de "El Peneca", sin calcular la trascendencia de la misión que le confiaban; pero su intuición de mujer pronto le hizo comprender que debía entregarse por entero a su labor, y renunciar a toda gloria puramente literaria, a toda ambición de figurar entre la brillante pléyade de escritores nacionales.

Desde entonces "El Peneca" tuvo un alma propia, y esta alma, que es calor, renovación y empuje, es la que da su inmenso éxito a la revista.

Las páginas de este semanario infantil traen esencia de vida...

No se llenan las hojas en blanco rutinariamente, sino que van renovándose.

Elvira Santa Cruz (Roxane), Directora de "El Peneca".

Este espíritu, este dinamismo intelectual se difunde a todos los cooperadores de la revista.

Mario Silva Ossa (Coré) llegó a la revista porque era un niño lector de ella y comenzó a dibujar enamorado de su obra. Sus esbozos de precoz artista fueron tornándose en magníficas creaciones y ahora podemos afirmar con orgullo que es uno de los mejores dibujantes de la América Latina.

Elena Poirier ingresó muy niña a nuestra redacción; aquí ha desarrollado un espíritu artístico que da cada vez mejores relieves a su indiscutible talento de dibujante.

Fidelicio Atria nos acompaña con una dedicación admirable. Pintor de fama, no desdeña la ilustración del cuento infantil ni la organización artística de la revista.

Alberto Lungenstras, recién ingresado como dibujante, seguramente seguirá el sendero de éxitos de sus compañeros de arte.

Ketmis, émula de Roxane en la parte literaria, fué una pequeñuela fantástica que tímidamente traía a la revista sus colaboraciones, extraordinariamente apreciadas por los lectores. Hoy puede parangonarse con muchas plumas chilenas por su espíritu creador y su fino estilo.

Olga Villalón, siempre en contacto directo con los colaboradores, dirige los concursos, sorteos y correspondencia.

Además de los nombrados, hay una falange de colabora-

dores que envían poesías, dibujos, chistes, etc., y que aspiran a seguir la huella de los que ya cimentaron su triunfo. En todos ellos anidan el mismo entusiasmo y el mismo fervor por el engrandecimiento de la revista más pupular de Sudamérica.

Todos unidos sólidamente a su directora, Roxane, forman esa alma propia que derrama luz, alegría y amor en el mundo infantil.

Para "El Peneca" no hay crisis económicas ni importan las alzas de precio. El niño necesita de la revista como un alimento espiritual, y nadie puede negárselo.

El pequeñuelo se apresura a aprender a leer para seguir sus seriales; el colegial lo aguarda anhelante, lo acaricia y colecciona como un tesoro. En fin, todos los niños están orgullosos de una revista que es de ellos y para ellos.

¡CUARENTA AÑOS!. ... Casi medio siglo de éxitos.

Si hubiera un premio a la tenacidad y constancia, sin vacilaciones y rutinas debería dársele a Roxane, quien, después de 28 años en la dirección de "El Peneca", sólo aspira a darle mayor interés, animación, porque esta revista es, como si dijéramos, la prolongación de su espíritu.

Cuento semanal. - LA ESMERALDA

En la época terciaria, mucho antes de que existieran los hombres sobre la tierra, la superficie de nuestro planeta estaba cubierta de inmensos bosques, formados principalmente por helechos como no existe hoy ninguno.

Sólo los grandes animales antediluvianos, el dinosaurio, el mamut, algunas clases de monos y grandes reptiles poblaban aquel mundo verde y magnífico. Aquel mundo verde y solitario, envuelto en una atmósfera cálida y pesada de vapores acuosos y de nieblas.

Según cuentan, aquel verde mundo sin hombres no estaba por completo deshabitado. Además de los paquidermos y monos, de los reptiles en sus bosques, existían también hadas bellísimas, de rubios cabellos y ojos tan verdes como el follaje de aquellas desaparecidas florestas. No sé de fijo cuántas había, pero creo que muchas; además de muy hermosas, eran dulces, buenas, generosas y se adoraban entre sí.

Al no existir hombres ni chicos que las molestaran pidiéndoles cosas ni queriendo a todas horas ver cómo sus mágicas varitas obraban prodigios, las hadas no tenían por qué ocultarse de nadie. Al contrario, vivían tranquilas, confiadas y felices entre sus florestas siempre verdes, divertidísimas con los raros animales de aquella época y admirando la exuberancia de aquella vegetación que ya nunca más será posible admirar sobre la tierra.

Así pasaron años y años. Siglos y siglos durante los cuales las varitas mágicas no podían obrar más prodigios que rejuvenecer los troncos de los enormes vegetales que, debido a su vejez, estaban a punto de secarse, o los gigantescos animales enfermos o moribundos que las buenas hadas sanaban y rejuvenecían para que la muerte no hiciera su aparición en aquel mundo tan grande y hermoso.

Pero con el correr de los años, de los siglos y los milenios, las selvas iban envejeciendo, y las hadas, que todo lo saben, comprendieron, sin que nadie se lo dijera, que aquel mundo de florestas interminables estaba a punto de perecer.

Al darse cuenta de que no volvería a ser la tierra tan verde, de que las selvas y bosques posteriores serían sólo un pálido reflejo de aquellas tan magníficas de que ellas disfrutaban, sintieron las hadas mucha pena. Les alegró mucho el saber que en lo sucesivo la tierra estaría poblada por hombres, criaturas de Dios, más hermosos e inteligentes que los monstruosos animales de aquella época. Por hombres que sabrían convertir en bellísimas obras de arte la madera de las selvas, y en casas, ciudades y muchas cosas más las piedras y rocas de las montañas, entonces cubiertas de bosques impenetrables.

Como las bellísimas hadas antediluvianas eran tan buenas y generosas, un día, reunidas, comentaban el próximo cambio de clima del mundo, que iba a variar por completo la población de vegetales y animales sobre la faz de la tierra.

—Los hombres, esas criaturas hermosas e inteligentes que pronto aparecerán sobre la tierra, no podrán comprender la hermosura de estas selvas que van a dejar de existir —dijo el hada de los pantanos, que iba vestida de verde claro.

—Cierto —contestó el hada de los mares, vestida de algas—. Y es lástima.

—¡Es lástima, es lástima! —comentaron todas.

—¿Por qué no les dejamos algo que se lo re-

El hada Esmeralda propuso que se dejara como herencia a los hombres un mineral verde y fulgurante como la luz en la selva.

cuerde? —observó el hada de las cumbres, vestida de nieblas.

—Sí, eso es, dejemos algo que se lo recuerde. Pero, ¿qué podremos dejarles para que se formen una idea de este mundo? —preguntó el hada de los ríos, que llevaba una túnica azul plateada, con flores naturales de nenúfar.

—Yo tengo una idea —dijo entonces el hada de las espesuras, coronada con una especie de diadema de hojas de helecho.

—Haznos saber esa idea —corearon todas—. Háznola saber. Veamos en qué consiste.

—Pues consiste en crear y dejar en la tierra, para esa misteriosa e inteligente criatura que pronto será dueña del mundo, un presente del color de las verdes espesuras de los bosques y que a la vez sea tan duro y fuerte, que nunca se destruya, y tan hermoso, que lo conserve siempre como uno de los más preciosos dones que le puede ofrecer la tierra.

A las demás hadas les pareció excelente la idea, y todas preguntaron a coro:

—¿Qué presente será ése? ¿Cuál de entre los productos de la tierra reúne tan variadas cualidades?

—No conozco aún ninguno. Será preciso buscar, crear tal vez...

—Lo más sencillo —intervino el hada de las fuentes— sería poder conservar para él uno de estos bosques. Sólo uno.

—No podrá ser —contestaron las demás— Todos estos bosques están condenados a la desaparición.

—Podemos encantar uno solo. Uno nada más para delicia de los hombres que nazcan y para que recuerden con cariño a las hadas.

—¡Imposible! ¡Imposible! —repitieron las hadas—. Si lo encantamos, los hombres no podrán nunca llegar hasta él.

—El don que yo anhelo —continuó el hada de las espesuras— tiene que ser algo que recuerde las florestas, pero que sea muy distinto a ellas y que a la vez pueda distribuirse por toda la tierra, ya que por toda ella se extenderán los hombres.

—Bien, bien: la idea es muy buena —terminó el hada de las cumbres—; pero a ver, a ver, ¿cómo se lleva a cabo?

—Busquemos, hermanas, busquemos. Nada se da en la tierra sin esfuerzo.

Todas las buenas hadas se pusieron a reflexionar para decidir qué podría dejarse al hombre como recuerdo de la edad de las selvas.

Llevaban ya mucho tiempo indecisas, cuando Esmeralda, el hada de las grutas, exclamó gozosa:

—¡Ya está! ¡Ya está! ¡Ya tengo!

—¿Qué es lo que tienes? —preguntaron, anhelosas, las demás que se habían reunido.

—Venid, venid conmigo y lo veréis. Es un don magnífico.

Condujo a todas a una gruta maravillosa, de transparentes muros formados por una especie de cristal tan diáfano y tan duro, que la luz que penetraba hasta allí se quedaba en las paredes, produciendo fulgores maravillosos.

—¡Sí, sí, muy hermoso! —dijeron todas—. Muy hermoso, pero esto no recuerda en nada a las florestas que desaparecerán.

—¡No habéis comprendido! ¿Acaso no podremos, con nuestras varitas, volver verdes estas maravillas y hacer que reúnan en sí todas las bellezas de los bosques que ahora existen?

Tocaron todas las hadas a un tiempo con sus varitas mágicas la gruta de cristal, y al momento quedó convertida en una gruta tan verde como las más frondosas enramadas. Los cristales antes incoloros eran ahora de un verde suave y profundo, a la vez que despedían luces semejantes a los rayos del sol que a veces se filtraban entre los ramajes del bosque, iluminándolo todo con sus resplandores.

Las mismas hadas autoras del prodigio quedaron maravilladas.

—¡Es magnífico! —se decían—. ¡Magnífico! Ahora es preciso que esta maravilla no quede aquí, que se distribuya por todo el mundo.

—Ante todo hay que darle nombre —sugirió el hada de las fuentes.

—Debe llamarse Esmeralda, como se llama el hada de las grutas que lo ha descubierto y ha hecho posible su transformación —afirmó, sentenciosamente, el hada de las cumbres, que era la más antigua de todas las hadas.

—¡Sí, sí, Esmeralda! —admitieron todas—. Esmeralda se llamará esta hermosa piedra que recordará siempre a nuestros amigos los hombres el cariño que por ellos sienten las hadas, sus madrinas, y la hermosura de los bosques primitivos en que moraron.

—Esmeralda, Esmeralda —repitieron todas a coro—. ¡Esmeralda!

Apenas terminaron de aceptar el nombre, por aclamación, comenzaron a oírse ruidos profundos y empezó al mismo tiempo a llover torrencialmente.

Era que comenzaban los cataclismos que tuvieron lugar al final de aquella época terrestre, cataclismos que cambiaron por completo la faz del mundo e hicieron desaparecer los inmensos bosques cuyo recuerdo para el hombre quisieron perpetuar las hadas.

Ellas, aterradas, huyeron de la gruta, que se desplomó al instante. Debido a los trastornos de la corteza terrestre, los pedazos de las paredes de esmeralda se distribuyeron por la tierra, y hoy, después de tantos miles de años de haber ocurrido el hecho, andan desperdigados enterrados por toda la tierra.

A veces aparecen en minas y se les aprecia mucho por su hermoso color, su dureza y su brillo. Se emplean sólo en joyería, porque, como hay tan pocas, son muy raras y han de usarse sólo para cosas preciosas.

Me preguntaréis por qué no hicieron las hadas más esmeraldas. Pero tened en cuenta que muchas esmeraldas están aún enterradas, e irán apareciendo con el correr del tiempo. Además, si abundaran mucho, no se apreciarían en lo que valen, pues a todas las cosas que podemos proporcionarnos con facilidad les damos poca importancia.

Carta de un amigo

Hoy, al saber que cumples un año más de vida, no he podido quedar indiferente.

¡Parece mentira! Cuarenta primaveras ya han rodado en el tiempo.

Amigo "El Peneca", has sido tú el crisol donde se han forjado tantos sueños y tantas alegrías. Sueños de hordas juveniles que en tus páginas se han asomado al ventanal de una futura fama. Los unos con su lápiz borroneando unos monos... Los otros con su pluma destilando unos versos.

Y hoy te veo a través del recuerdo cabalgar por los años de mi vida.

Nosotros los artistas (y perdona que diga nosotros) siempre hemos hallado en ti expansión para nuestras inquietudes.

Hemos tirado al surco profundo de tu vida el germen de nuestras emociones, al par que una esperanza vibra en la palabra espera.

Un año más, ¡qué importa!, si tú eres siempre el mismo.

El mismo que con un hato de hadas y gnomos por rutas de aventuras... hasta el confín del alma lo pueblas de ilusión.

Roxane, con certera visión y mano hábil, te ha guiado.

Y día tras día, noche tras noche, en tu rueca de ensueños teje nuevas virtudes y emociones.

Te conocí hace muchos años, siendo yo aún muy niño.

Desde entonces hasta ahora no he perdido tu luminosa huella.

Recuerdo que más de una vez lloré por ti. Sí, lloré, cuando mamá, por castigar alguna desobediencia, me privaba de tu grata compañía.

Ya ves, somos grandes y viejos amigos.

Y hoy, desde estas modestas líneas, te deseo un cumpleaños feliz y un futuro pleno de grandezas.

Atte. te saluda tu amigo,

ERNESTO BAEZA PALACIOS.

COLABORADORES

José Caamaño (Cam)

Marcos Vega Díaz (Indio Amado)

Ernesto Baeza Palacios

Manuel Jordán (Jordán)

César Sepúlveda

María Eliana Rojas (Nana)

Julio Barrios (Juber)

Reinaldo Pizarro

Margarita Readi (Margarito del Desierto)

Demetrio Huitubia Prado

Humberto Véliz

Mario Hoyvar Cárcamo

Humberto Herrera

Pimpinela escarlata

De la Baronesa de Orczy

RESUMEN: Durante el reinado del terror en Francia, un espía inglés, Pimpinela Escarlata, burla al Tribunal Revolucionario y le arrebata audazmente las víctimas destinadas a morir en la guillotina. Chauvelin, agente del tribunal, logra que Teresa Cabarrus se convierta en su aliada e intente la captura de Pimpinela Escarlata. Para ello, la bella española se traslada a Inglaterra.

CAPITULO XXVII.—Margarita es secuestrada

En la posada que regentaba el bonachón míster Jelly habían ocurrido misteriosos sucesos que pasaron inadvertidos para los moradores de la hostería.

Teresa Cabarrus, una sagaz espía de Francia, habíase presentado ante Lord Percy Blakeney como una indefensa fugitiva del Terror. Ella no ignoraba que el aristócrata inglés era Pimpinela Escarlata y se proponía conducirle con engaños hasta las garras del Tribunal Revolucionario. Pero la astucia de Sir Percy era superior a la de la hermosa española y ella, despechada y rencorosa, decidió convertir en enemigo de Blakeney a un joven francés, Beltrán Moncrif, a quien la Liga de Pimpinela Escarlata salvara de morir en la guillotina.

Beltrán, que dormía en un saloncito de la hostería, despertó cuando el alba iluminaba ya los cortinones de la ventana.

—He soñado —murmuró—. Veía a Teresa junto a mí, diciéndome que, traicionada por Pimpinela Escarlata, debió fugarse para que Robespierre y sus secuaces no la sentenciaran a muerte.

El joven se irguió bruscamente y entonces el mensaje que Teresa le había dejado en la mano cayó al suelo. Beltrán se inclinó a recogerlo y leyó: *"Un alma bondadosa se compadeció de mí, ofreciéndome un lecho en su casa, cerca de la posada, pues aquí no había sitio. Mañana partirás a Londres con la señora Marion y su familia. Yo te seguiré. En Londres, búscame en la calle Soho número 54. Adiós, mi amor.—TERESA."*

Trasportado de dicha, Beltrán besó aquella misiva. Ni en sus sueños más ambiciosos imaginó que la bella Teresa le demostraría alguna vez esa ternura. Ella, que en Francia iba a unirse en matrimonio con Jean Tallien, uno de los más poderosos tribunos de la República, le parecía a Beltrán tan inalcanzable como una estrella.

Respirando profundamente a fin de aquietar los latidos de su corazón, el muchacho abandonó la posada para aspirar el fresco aire matinal. Se detuvo en el puerto, donde el sol brillaba ya con todo su esplendor. Sobre la transparencia del cielo destacábase la silueta de un bergantín, con todas sus velas desplegadas como alas gigantescas salpicadas de oro. Aquel era el velero de Pimpinela Escarlata, el que, en audaces viajes, cruzaba el Canal de la Mancha para rescatar a las víctimas de la guillotina. El propio Beltrán, su olvidada novia Regina y la familia de ésta debían su salvación al inglés. Pero Beltrán sólo consideró que Pimpinela Escarlata amenazaba a Teresa Cabarrus, y, en un gesto de cólera, agitó el puño en dirección al blanco bergantín.

Transcurrió una semana y Lady Blakeney, sola en su castillo de Richmond, evocaba con intensa nostalgia a su esposo, que otra vez se había dirigido a la costa francesa y, mezclado con el pueblo republicano, se rozaba con sus más irreconciliables enemigos.

Margarita recibió días más tarde una carta de Percy en la cual enviaba un recado para su aliado Sir Andrés Fulkes. La joven lady ordenó inmediatamente que preparasen su coche. Estaba esperando el carruaje en el jardín cuando percibió el rumor de unas pisadas en un sendero cercano. Luego apareció Beltrán Moncrif que, al divisarla, exclamó:

—¡Lady Blakeney! ¡Gracias a Dios!

Cayó de rodillas ante ella y, cogiendo el borde de su vestido, imploró:

—¿Queréis ayudarnos, milady? Por piedad, auxiliadme en esta angustia.

—Por supuesto —accedió ella—. Pero decidme primero qué os ocurre.

Beltrán permaneció un instante en silencio y luego murmuró:

—Regina, mi novia, se ha marchado a Dóver. De allí se embarcará para Francia. Regresará a ese infierno, donde su vida estará expuesta a cada minuto.

—¿Regina se ha ido? —repitió Margarita, asombrada.

Recordaba el dulce y resignado semblante de Regina Marion y adivinaba su sufrimiento porque Beltrán, fascinado por la española Teresa Cabarrus, había dejado de amarla. Margarita sabía que la familia Marion halló trabajo en Londres y se sostenía en un relativo bienestar. ¿Por qué motivo Regina regresaba a

Lady Blakeney evocaba con nostalgia a su esposo.